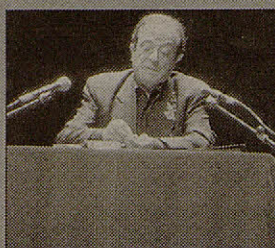


■ TRES HERMANOS

José Agustín Goytisolo Gay nació en Barcelona el 13 de abril de 1928. Hijo de una familia con raíces vascas y cubana. Es el mayor de tres hermanos

escritores. Se licenció en Derecho y logró el título de profesor Mercantil, pero nunca ejerció ninguna de estas dos carreras porque desde muy pronto se dedicó a la poesía.



■ «EL RETORNO»

Su bibliografía se inicia con el «El Retorno» (1955) una elegía a su madre que murió en la guerra civil, durante un bombardeo en Barcelona. En ese año se le concede el ac-

Biblioteca d'Humanitats césit al premio Adonals. A partir de entonces publica «Salmos al viento» (1957), «Claridad» (1960), «Años decisivos» (1961), «Bajo tolerancia» (1974) y «Del tiempo y el olvido» (1975).

DESVALIDA
TERNURA

No hace aún tres semanas que reseñé, en estas mismas páginas, la recién aparecida antología de José Agustín Goytisolo, y contaba con que seguirían llegando a mi mesa sus libros de poemas, con el mensaje de su inteligencia, que la edad había agudizado, y el de su maestría en el uso de la palabra, cada vez más acertada y precisa a medida que el paso del tiempo iba dándole la intuición de los trazos mínimos con los que se captura un rostro, un deseo o un pensamiento, firme en una voz que desdeñaba tanto los ecos ajenos como los propios. En aquel artículo aún reciente evocaba las cuatro ocasiones en que recordaba haberme encontrado con él, y por necesidades de espacio tuve que suprimir la frase en que confesaba lamentar no habernos reunido más a menudo, y haber disfrutado de la verdad y la bondad que emanaban de su persona.

José Agustín era un ser desvalido y tierno, que se recubría de un caparazón de hosquedad sarcástica y fingía estar de vuelta de todas las ilusiones y las esperanzas, a las que solía calificar de puerilidades burguesas y de ficciones recibidas, como tantas otras mentiras piadosas, en la escuela de esa educación conservadora que no resiste el análisis de la razón ni el contraste con la experiencia. Pero su obra, para quien supiera leerla, mantenía el rescollo de una ternura inmensa sin objeto en el que volcarse, de una generosidad ilimitada, de un desdén absoluto por las convenciones o los prejuicios que separan a las personas, de una comprensión total de todas las conductas y todos los gestos con los que los seres humanos exteriorizan su soledad y su petición de auxilio. Se configuró a sí mismo en esos términos en sus mejores poemas, los últimos, en los que nos hablaba del amor y de la amenaza y espera de la muerte. En ellos supo dar lo mejor del intimismo que había ido recorriendo su obra, incluso en aquellos libros que pretendían ser denuncias realistas y objetivas de las lacras políticas y sociales. En su última época renunció a puntuar sus textos, confiando en que de ellos se desprenderían, cuando conviniera, la pausa y el matiz. Aun así, les ponía siempre el punto final, que ahora ha dado fin a una vida que merecía seguir escribiéndose.

Guillermo CARNERO

El «Retorno» es el primer libro que leí de José Agustín Goytisolo una emocionada elegía a la memoria de su madre muerta a consecuencia de un bombardeo en Barcelona durante la guerra civil, pero no le leí como libro independiente sino dentro de un conjunto de su poesía que se publicó en 1961 con el título de «años decisivos». En esta edición se reunía también dos libros posteriores que yo desconocía «Salmos al viento» y «Claridad».

Guardo un recuerdo especial de «Claridad» porque su escritura, dentro de aquel magma llamado «poesía social», me sorprendió. En medio de los poemas inacabables y retóricos del peor Neruda o de Gabriel Celaya con tantas buenas intenciones como escasos resultados artísticos, al menos «Claridad» era un libro conciso y preciso (a veces un poco obvio) pero que se desmarcaba bastante de aquella corriente, de aquel torrente verbal.

En 1961, al poco de la publicación de «Años decisivos» conocí a José Agustín en un breve encuentro en la remota feria del libro de Madrid. Tardaría muchos años en volver a verlo, pero seguiría teniendo un vínculo con él, ya no tanto con su poesía como con sus traducciones poéticas.

Dentro de ese capítulo de traducciones hay tres libros que cada cual en su momento fueron enormemente significativos para mí. El primero, una antología de Salvatore Quasimodo, entonces recién galardonado con el Premio Nobel de Literatura. Allí y posteriormente en la lectura,

ya en italiano, de Quasimodo y algo más tarde en un encuentro con el poeta, entendí que de alguna forma esa sencillez, esa desnudez expresiva del libro de Goytisolo tenía una deuda nunca desmentida con la creación del gran poeta italiano. Otro importante acercamiento a la poesía y que ayudó mucho a aumentar mi interés por la poesía italiana fue la traducción de una antología poética de Cesare Pavese que se editó en bilingüe en 1971 y que simboliza mi primera visión de la poesía de Pavese, un escritor fundamental para mí y al que conocía únicamente como gran po-

eta. Reconozco con agradecimiento que mi pasión por la poesía italiana le debe mucho a aquellas magníficas traducciones de Goytisolo y que gracias a ella comencé mi largo acercamiento a esa lengua y a ese mundo poético.

Otra deuda de gratitud con el José Agustín Goytisolo poeta y traductor me lleva a otra lengua distinta y a otro espacio literario. En 1968 se publicó su excelente «Antología de poetas catalanes contemporáneos» y que por aquel tiempo y dado mi desconocimiento de la lengua catalana y de sus poetas fue una auténtica re-

velación. Allí leí entre otros a Gabriel Ferrater y, sobre todo, allí descubrí a un poeta que con los años sería decisivo en mi visión de la poesía, me refiero a Joan Vinyoli.

Recuerdo muy bien como en una tarde de la primavera de 1983 -cuando ya había leído toda su poesía en catalán- expliqué a Vinyoli donde había comenzado mi interés por su obra. También, que dos años antes la magnífica antología «Cuarenta poemas de Vinyoli» seleccionada y traducida por Goytisolo me había abierto todavía más las puertas de su mundo poético. Podría repetir las palabras generosas y llenas de gratitud con las que Vinyoli se refirió a esa antología.

Curiosamente en Barcelona, donde he vivido años y a donde voy con frecuencia, a penas coincidí con José Agustín. Tuve una relación larga y tormentosa con Jaime Gil de Biedma y una más amable con Carlos Barral, aunque a Carlos lo asocio más con Madrid o con Roma, pero a

José Agustín apenas lo traté. La última vez que nos encontramos fue en un festival de poesía en 1986. Sí seguí leyendo algunos de sus libros, donde aquella sobriedad de sus primeros tiempos se continuaba manteniendo dentro de un mundo poético más complejo.

Ahora me dicen que José Agustín Goytisolo ha muerto y yo escribo estas apresuradas líneas mientras recuerdo un verso de Pavese que él tradujo: «Para todos tiene la muerte una mirada».

Juan Luis PANERO

TENÍA QUE HABER ESCRITO ANTES

Tenía que haberte escrito esta carta antes, ahora la podrá leer tu mujer y tu hija, de quienes me hablaste nada más conocerte. Antes que de poesía tú me hablaste de las personas que querías, de tu amor. Dirijo estas palabras también a tus hermanos, a Luis y Juan, a los de tu sangre. Y a todos los que te han querido leyéndote y oyéndote, a tus amigos, a tus compañeros de generación, a tu ciudad, a los jóvenes que te siguieron y a las mujeres y hombres que vieron en ti a la buena persona que has sido, al amor que has sido y eres entre nosotros. Quizás haya grandes poetas entre la gente tranquila y ordenada de este mundo, quizás no es

necesario vivir desesperado, al límite de la realidad, de la conciencia, perdido en un gesto amable de una mujer que habla, abandonado a la emoción de alguien que te escucha, desperdigado entre la multitud y entregado a la soledad de todos, necesitado de que la vida cada día te depare una ilusión con la que poder celebrarla. Quizás no es necesario romperse cada día en mil pedazos para poder ser uno, para ser todos, para ser tú. Pero de una cosa estoy segura. Si tú, José Agustín, pudieras oírme, con tu ternura infinita, tu humor y tu galantería de señor de Barcelona, me echarías la mano al hombro y me dirías: «Niña, no te tomes ese trabajo,

ya lo hago yo». Le gustaba reírse, llorar, vivir. Y creo que fue un poeta y de los grandes por sacarnos de encima a los demás el trabajo de ser hombres, por bondad, por cortesía. Era capaz de vivir como un joven desesperado, con toda su inteligencia intacta a cuestas, con su lucidez inmaculada. Los años no pasaban por tí, eso también te gustaría oírlo, y es verdad. Coqueto y querido, tu alma no tenía que huir de la muerte. Simplemente no podías dejar de estar guapo, de estar vivo. Y vergüenza te tendría que dar, tú, señor de Barcelona, qué van a decir, bajando escaleras en coche por el Escorial, como en una película americana, y hablando de poesía dentro de un AX con

un poeta cualquiera, así nos conocimos, querido José Agustín. Tú estabas preocupado por lo que me pudiera pasar. La última vez que nos vimos, en Oviedo en el homenaje a Ángel González recuerdo tu gratitud y tu emoción en aquel acto. «Estoy muy contento de que pasen estas cosas», dijiste, «Ángel es de los grandes». Yo aquel día debí prometerte algo que nunca cumplí. Yo no soy como tú. Y tú escribiendo cartas como un adolescente cualquiera. Ahora, tarde, mal y arrastro, agradecida y emocionada, te contesto: pocos son como tú, pocos son de los grandes, José Agustín.

Luisa CASTRO